LA ELOCUENCIA SAGRADA EN MÉXICO

Discurso leído ante la Academia Mexicana
correspondiente de la Española
el día 14 de octubre de 1977 en la recepción del

Académico de Número
MANUEL PONCE

Contestación del

Académico de Número
ALÍ CHUMACERO

ACADEMIA MEXICANA
México – 1977

Primera edición, 1977

DISCURSO
de
MANUEL PONCE

Saludo y alusión

Por felices azares de la fortuna, que también los tiene, se me invitó a formar parte de esta Academia.

Se me brindaba así la oportunidad de refrendar viejos títulos de amistad con muchos de sus esclarecidos miembros; pero también de estrechar los vínculos que ya me unían con todos, por la lectura de sus escritos.

Lo considero como un privilegio; porque la historia de esta corporación, ya secular, es la historia de nobles empeños y aspiraciones nada comunes: esclarecer más y más la atmósfera espiritual de México; hacer que novedosamente fructifique en la mente y el corazón de las generaciones presentes la semilla sembrada por nuestros antepasados; lograr que nuestra cultura sea cada vez más nuestra en su carácter, y más universal en su contenido.

Se me asigna el sitio que prestigió mi amigo don Alfonso Junco.

Don Alfonso Junco; porque él iba montado en el Don por derecho propio; caballero y cristiano a la vieja usanza, cabalgando no vulgar rocín, sino nervioso corcel a la medida de su intelecto y fantasía.

Causa suya y santa, lo fue aventurarse por los campos del periodismo, para desfacer los entuertos de la mentira histórica. Causa suya, el embestir contra los molinos de nuestra pereza ancestral. Numerosos volúmenes en prosa contienen su labor periodística con temas de diversa índole, ya histórica, ya religioso-apologética, ya literaria y lingüística. Causa suya, dar el espaldarazo a seminaristas y noveles aspirantes al arduo ministerio de la poesía. La suya propia está contenida en los libros: *Por la senda suave, El alma estrella, Posesión, Florilegio eucarístico, La divina aventura* y *Antología.*

Intransigente fiscal de verdades a medias, en religión y política, adoptaba en el recinto de su propia biblioteca resabios de inquisidor; pero a enemigos y heterodoxos, sólo los conde-

naba al brazo secular de su sonrisa franca y de su bonhomía.

Gallardamente y con versatilidad sabía asimilar y desvanecer las críticas adversas, las insidias venenosas, la política del silencio.

Su mejor biografía, como sucede con todos los poetas, es cualquiera de sus poemas.

CLAVE

Misterio de una clave redentora
prende la llama en los helados cirios;
la tiniebla es preludio de la aurora,
y el estiércol, abono de los lirios.

Introducción

El tema que he elegido es "La elocuencia sagrada en México"; y lo desarrollaré exponiendo, primeramente, una disquisición sobre sus esencias y orígenes, bajo el título de "Lo que Fray Diego Valadés trasplantó a tierras de América". Enseguida presentaré, a modo de ejemplificación, "Dos figuras ejemplares michoacanas más cercanas a nosotros, Munguía y Martínez y Rodríguez". Y concluiré con un Epílogo, en donde se completa la secuencia histórica de nuestra elocuencia sacra.

Vaya dirigida mi dedicatoria a todos aquellos anónimos e innúmeros predicadores de nuestros campos y ciudades, de cabildos catedralicios o de capillas suburbanas, simples portadores de la semilla evangélica, de cuya predicación y de cuyo nombre nada quedó escrito; pero que, sin descuidar la dignidad de la palabra de Dios

y sin alterar la Buena Nueva de la fraternidad universal, día con día o domingo a domingo, han contribuido a formar la conciencia histórica y cristiana de un pueblo, por la acción repetitiva hasta lo infinito del mismo mensaje sobre multitudes de todos los lugares y tiempos; y que, asimismo, supieron sensibilizar oídos y corazones al encanto de la palabra, a la armonía de los períodos, a la diafanidad del idioma de Cervantes.

Lo que trasplantó fray Diego Valadés a tierras de América

¿En qué pensaba fray Diego Valadés, retoño clandestino de conquistador e india tlaxcalteca, cuando a lo largo de 22 años de misionero franciscano, unido a "los doce" y alternando sus labores de humanista con sus afanes de apostolado, preparaba desde muy joven y redactaba fragmentariamente su *Retórica cristiana para uso y ejercicio de la predicación,* que más tarde mostraría al Papa Gregorio XIII, el de la reforma del calendario Juliano, y cuyo texto y magníficos grabados, también suyos, daría a la imprenta en la ciudad italiana de Perusia, el año 1579, casi coincidiendo con la aparición de la *Retórica eclesiástica* de fray Luis de Granada?

Pensaría, desde luego, en dejar un testimo-

nio elocuente de su participación activa en aquella floración de cultura y docencia que a la sazón estaba ocurriendo en México.

Pedro de Gante y él en el convento de San Francisco, con la primera escuela de artes y oficios y la primera de pintura, "en donde enseñaban, en la Capilla de San José de los Naturales, todas las cosas", se aplicaban al oficio de predicar por el día y por la noche, descubrían a los albañiles el secreto de la bóveda y adiestrábanlos en la escultura, ante cuyas primeras obras se dice que el padre Las Casas caía en éxtasis.

En el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, más vocacional y exclusivo, de lectura, latín, música, retórica, filosofía y medicina, enseñaban Juan de Gaona, Bernardino de Sahagún, Francisco de Bustamante, Andrés de Olmos; y todos estos centros de enseñanza culminarían con la Real Cédula de Carlos V de 1551, para ser erigida la Real y Pontificia Universidad de México.

Pero también pensaba fray Diego en la misma naturaleza y concepto de la elocuencia,

como un ser un tanto indómito e irreductible a fórmulas precisas.

La elocuencia, que puede ser todo y ser nada:

Fuerza elemental de la palabra, material del pensamiento que se fragua con propósitos de irradiación y comunicación humana, para iluminar, encandecer, pulsar el sentimiento y mover los resortes de la acción.

O ser nada: ciencia ficción del pensamiento, faramalla exterior, teatro de relumbrón, gesto espectacular, palabra hueca.

Y también pensaba que la elocuencia, siguiendo la corriente de la mentalidad helénica, era ciencia y arte de la expresión, secuencia histórica que arrastra en su cauce todas las ciencias y todas las artes para llegar a las cimas de la comunicación espiritual, al arte de hablar, convencer y educar, como término ideal de la Paideia.

O utilizando todos los relieves caídos de la mesa homérica, cómo era capaz de fundir sus elementos: elocuencia igual a poesía, a técnica del discurso, a ciencia del estilo, a música, estrategia y arte de la palabra:

El anciano Príamo, que sabe librar ante Aquiles las primeras escaramuzas de la palabra y acallar el fragor del combate con el fragor de sonoridades métricas.

Platón, condenándose él solo al ostracismo de su República ideal.

Aristófanes, que lanza enjambres de avispas mordaces al rostro de Sócrates.

Demóstenes, organizando sabia pero infructuosamente su armada de dicterios, epiqueremas y onomatopeyas.

Pericles, que condensa toda su amargura en el célebre dístico: "La ciudad ha perdido a sus jóvenes: el año ha perdido su primavera."

Bajo la presión de las instituciones democráticas ocurre el ensanchamiento de la esfera de la elocuencia: el foro judicial, el senado, la seducción del sofisma; sus primeras normas y códigos, la elocuencia ya revestida con su propia armadura y con otro nombre: el de retórica, la *Retórica* de Aristóteles; los grandes modelos: Gorgias, Isócrates, Demóstenes y Esquines.

Después, su primera trasculturación a las tierras del Lacio, con la *Retórica a Herenio* de

autor anónimo, y *Del orador,* de Cicerón. Más tarde, Quintiliano en sus *Instituciones oratorias* y Marciano Capella, el africano, en sus *Bodas de la Filología y Mercurio,* sistematizarán y enriquecerán la teoría ciceroniana y servirán de Código a la posteridad.

La retórica entonces se concebía como una diosa dotada de todos los privilegios del saber y de la gracia: tal y como la personificaba Marciano Capella, quien la introducía a la asamblea de los dioses para que los dejara boquiabiertos con su garbo y con su verba.

> ¡Qué rostro el suyo, qué voz, qué armonía, qué sublimidad en su discurso!
>
> Para los dioses mismos fue cosa inaudita el ingenio de semejante invención, la elocuente abundancia de su estilo, el tesoro inagotable de memoria y de recuerdos. ¡Qué orden en la disposición, qué adecuadas modulaciones en la pronunciación! ¡Qué expresión en los ademanes, qué profundidad en los conceptos!

En tal fragmento se hallan implícitos aspectos esenciales de la retórica de Quintiliano, a los que puede agregarse el dicho de Catón: "Vir bonus discendi peritus." El orador debe

ser maestro en el decir e irreprochable en su conducta.

Fundamentalmente el sistema retórico de Cicerón y Quintiliano establece lo que debe tener en cuenta el orador: invención o ciencia del hallazgo; disposición u ordenación; elocuencia o expresión; memoria y acción o declamación; que valen para los tres tipos de elocuencia: el forense o judicial; el deliberativo o político y el panegírico.

Porque para Quintiliano, empeñado en hacer de la retórica la formación completa del hombre, consecuentemente el hombre ideal es el orador, ya que únicamente a él le dota del don de la palabra el dios máximo y creador del universo.

La retórica así entendida nace de las fuentes mismas de la sabiduría, y basta por sí sola para llenar todas las necesidades que estarían a cargo de la filosofía y demás disciplinas similares, y ocupa por ello lugar eminente por encima de las matemáticas, astronomía y ciencias particulares.

Dejando aparte tales posiciones teóricas, que

implican resonancias narcisistas y cierta anticipación a la teoría del arte por el arte, lo cierto es que Quintiliano establece las bases de los estilos históricos, pues nos hace derivar del Aticismo griego todas las constantes clasicistas de Occidente, y del Asianismo, todos los futuros manierismos.

Su sistema literario permanecerá inalterable, cruzará la alta y baja Edad Media y será el mismo de Casiodoro, de San Isidoro y de los llamados "Ars dictaminis" o artes del bien decir, del tiempo de Alcuino y de Juan de Salisbury.

Este último se defendía de los ataques que ya desde entonces sufría el nombre de retórica, diciendo que, gracias a ella, se mantienen unidas las comunidades humanas por la armonía, y que quien intente separar lo que Dios ha unido merece el nombre de enemigo público.

A fray Diego le llegaban también los esquemas fundamentales de la retórica en los manuales más inmediatos a él: el de Benito Arias Montano y el de fray Luis de Granada.

Las mismas cinco partes de la oratoria: invención, disposición, elocuencia, memoria, acción.

Los mismos géneros: forense, demostrativo, suasorio, deliberativo y panegírico.

Los mismos apartados: exordio, narración, demostración, refutación, peroración.

Las mismas normas. Para el exordio, hacer al oyente: benévolo, atento, dócil. Para la demostración, las mismas pruebas, los plurifuncionales tópicos, asientos del argumento, las figuras retóricas, ornamentación y orquestación polifónica del discurso *ad usum delfinis* y de todas las demás técnicas literarias. Y con ello, el nacimiento del concepto, que proliferará más tarde en la saturación barroca del Paravicino, del Padre Vieyra, de Góngora y de Quevedo.

Todo lo concebido, dispuesto y ordenado con mentalidad de cartógrafos antiguos: orientaciones y planos, agujas de imán, rosa de los vientos, equinoccios, rutas de astros, para las aventuras del pensamiento.

Pero también y mucho antes le había ocurrido a la elocuencia otra metamorfosis milenaria, la cual se había fraguado en las entrañas mismas de la civilización de Occidente, a medida que se iba desbordando la gran avenida del

cristianismo, llena de resonancias proféticas y de idílicas sobrenaturalidades. El oído ático, la sofrosine helénica, la áurea mediocridad horaciana no estaban acostumbrados a vientos de tal desmesura. Porque lo mismo aplaudían los ríos de júbilo, que saltaban los montes como cabras, que a la voz de Jehová se inclinaba la comba de los cielos, que tronaba el Sinaí, que del Sermón de la Montaña se desprendían sobre todo el mundo las auras refrescantes de las Bienaventuranzas.

Hasta que por fin, Agustín y Jerónimo hicieron la fusión, y a la clásica elocuencia la revistieron con la túnica del catecumenado y la bautizaron en los bautisterios de las basílicas constantinianas.

Con el humanismo cristiano nacía la pasión por el libro. Los coleccionistas de Alejandría preparaban la Versión de los Setenta. Cristo era el único numen que se representaba con el libro en la mano.

Los padres de Oriente y Occidente no serán otra cosa que comentaristas del Libro por Excelencia; las cartujas de San Benito, sus talleres

de copistas; su vendedor y publicista, Pedro Lombardo, el maestro de las sentencias.

A Benito le interesaba cualquier clase de texto profano o sagrado, porque su espíritu cristocéntrico veía en cada palabra escrita las letras de que se compone el nombre de Dios.

Pero ¿cómo se cohonestaba la severidad del espíritu de Cristo con las seducciones terrestres de la literatura pagana?

Jerónimo resolvía la dificultad diciendo que, así como a un hijo del pueblo hebreo no le era lícito contraer matrimonio con mujer extranjera, a menos que le mondara la cabellera y le recortara las uñas de sus extremidades; del mismo modo sería lícito el desposorio de la cultura cristiana con la pagana, si se le despojaba a ésta de sus errores y de su lascivia.

En resumen: el pantocrátor de los tímpanos bizantinos y románicos condensaba en su figura todas las magnificencias del cielo y de la tierra. Y Juan el Crisóstomo también polarizaba en su elocuencia los resplandores del arte antiguo y del arte nuevo.

"A vino nuevo, odres nuevos." Los nuevos moldes van surgiendo espontáneamente del programa que desarrolla la consigna redentora: "Evangelizad a los pobres."

La homilía, conversación con la asamblea, comentario escriturístico de los padres de la iglesia Oriental y Occidental, de Orígenes a Basilio Magno.

El sermón apologético, que traza la cimentación de la ciencia teológica y rebate herejías y cismas, que irán apareciendo con distintos nombres: arrianismo, monofisismo, iconoclasia, albigenses, protestantes.

El sermón teológico, doctoral exposición de los misterios de la fe y de la gracia sacramental, cuyos modelos establecen Domingo de Guzmán, Alberto Magno, Tomás de Aquino y Buenaventura.

El sermón moral, el ascético y el místico, reguladores de conductas, germen y fermento de vida, el grano de mostaza que se convierte en árbol cuya fronda cubrió la tierra y en cuyas ramas se vinieron a posar las avecillas de los consejos evangélicos, las raras virtudes del yer-

mo, trapenses y monacales, las *Florecillas* de Asís, las fundaciones de Santa Teresa de Ávila, los cantos de Solesmes y la *Imitación* del Kempis.

El sermón panegírico, glorificación de los santos, el "santo del Patrono", regocijo de los pueblos.

La oración fúnebre, elogio póstumo del siervo fiel, alegre despedida con resonancias académicas para quien vuelve a la patria.

Formas y moldes susceptibles de variaciones sobre un mismo tema: Cristo redentor y esplendor de la historia, dado a conocer a través de un prisma de múltiples facetas:

La Sagrada Escritura: el Evangelio, que ofrece al predicador su propio vocabulario, la materia y la forma, la ilustración de su discurso. El viejo Testamento, repertorio inagotable de referencia, donde se encuentra Jeremías, el orador más elocuente de la antigua alianza.

La liturgia, fuente y culminación de la vida cristiana, la teología puesta en acción, la palabra convertida en plegaria, la plegaria convertida en templo, drama, música y poesía.

La tradición, padres y doctores, magisterio común, vidas de los santos.

La historia, la misma naturaleza y el arte de los hombres: igualmente facetas del mismo prisma.

Fray Diego Valadés pensaba en todo ese cargamento de ricas y olorosas especias que traía consigo la elocuencia cristiana. Pero, y esto era lo más importante, también pensaba en sus indios mexicanos.

A ellos les había enseñado las primeras letras en la ciudad de México, en Tepeji del Río, en Tlaxcala, a orillas del lago de Pátzcuaro y en Zacatecas, donde lo despojaron de su biblioteca nómada y de los apuntes de su futuro libro. Las verdades fundamentales de la fe sólo germinaban en aquella tierra virgen en virtud de la palabra elemental, y ésta, sólo ayudada de gestos, carteles y de pinturas murales.

Nunca como en ellos se aplicaban con tal propiedad las palabras del Apóstol: "Non in

persuasibilibus sapientiae verbis..." No uséis de los recursos de la humana sabiduría.

Pues ¿cómo iba a poner en manos de predicadores de indios tal arsenal de conocimientos y de retóricas, y que ostentosamente pensaba titular: "Suma de las ciencias más excelsas"? Otros tratados similares al suyo le seguirían; como el de Pedro Flores, en el legajo de "Poemas de jesuitas", 1572, y el de José Jiménez, franciscano, del siglo XVIII.

La solución se la daba el ejemplo de su padre San Francisco, el Pobrecillo de Asís, humilde entre los humildes, quien no había empobrecido la elocuencia cristiana al predicar con las humildes palabras de la hermana agua, el hermano sol y las hermanas estrellas; y que en una callejuela de Asís se había despojado de sus propias galas para enriquecer a un pordiosero.

Así también a él le sería lícito poner la riqueza de la cultura occidental al servicio de los menesterosos y desnudos pueblos de América, ahora ya sin habla, y por fuerza del destino, despojados de todo, de su arte y lenguaje alucinantes y extraños.

Es decir, que de su libro, dividido en seis partes, unas de ellas las dedicaría a la formulación de normas y preceptos; y otras, a la manera de aplicarlos según las condiciones, realidades, costumbres y capacidad de los indígenas.

Ésa fue su táctica. Ésa la trasculturación y trasplante que significó su *Rethorica cristiana, ad concionandi et orandi usum:* Retórica cristiana para uso de la predicación.

Y de él podemos desprender, para las exigencias de nuestra propia época, una advertencia: que ni la armonía clásica, ni la exuberancia barroca, ni el estilo árido y puramente homilético de nuestros días, son y serán definitivos en la historia de la elocuencia cristiana; sino fórmulas siempre susceptibles de cambio, métodos de pensar y estilos de expresión para evangelizar y santificar al hombre.

El pequeño ejemplar de la retórica de Valadés que consulté perteneció al doctor Nicolás León, cuyo *ex libris* reza: "Scribere cui nescit, nullum putat esse laborem" (A quien no sabe escribir, le parece que no ha costado mucho trabajo).

Y con un lema: "Tres digiti scribunt. Caetera membra dolent" (Sólo tres dedos escriben; pero todo el cuerpo duele).

Digresión

Séame permitido, amable público, hacer una digresión, a manera de remanso entre las dos partes de mi discurso.

Viene a cuento por ser una reciente noticia que nos llena de alegría y cuya trascendencia es de gran significado para los pueblos de habla española, ahora que, en ocasión de la proximidad del milenario de nuestra lengua, se busca afanosamente el eslabón perdido entre el latín popular o *rusticus sermo* y nuestro idioma romance. El venerable texto se encuentra entre las llamadas Glosas Emilianenses y Silenses, del siglo x, de los monasterios de San Millán de la Cogolla y de Santo Domingo de Silos.

Mientras que el primer documento en lengua romance francesa es de carácter político en los llamados Juramentos de Estrasburgo; y el primero en romance italiano lo es de negocios;

"el primer vagido de la lengua española —escribe Dámaso Alonso, actual Presidente de la Real Academia— es una oración".

La glosa es la 89 a un código latino de vidas de santos, en San Millán, en lengua navarro aragonesa, y dice a la letra:

> Cono ayutorio de nuestro dueño, dueño Christo, dueño Salvatore, qual dueño yet ena honore e quel dueño tienet ela mandacione cono Patre, cono Spiritu Sancto, enos siéculos de los siéculos. Fácanos Deus omnipotes tal serbicio fere que denante ela sua face gaudiosos seyamus. Amén.

Que, vertido a nuestro castellano, quiere decir:

> Con la ayuda de nuestro Señor Christo, dueño Salvatore Señor que está en el honor y Señor que tiene el mando con el Padre, con el Espíritu Santo, en los siglos de los siglos. Háganos Dios omnipotente hacer tal servicio que delante de su faz gozosos seamos. Amén.

Y Dámaso Alonso comenta magistralmente:

> Tres primeros murmullos de tres grandes lenguas, cuya literatura llenará el mundo. Y miro,

y pienso si habrá sido casualidad. ¿O no es, más bien, que tenía que ser así, porque de lo que está lleno el corazón habla la boca? España, Francia, Italia... ¡Oh, no!: no ha sido casualidad que las primeras frases francesas que conservamos sean militares y políticas (genio de Richelieu, glorias de Austerlitz). Ni que las primeras italianas miren a los bienes materiales (recuérdense las burlas contra los banqueros genoveses, en nuestras letras clásicas, pero no se olvide tampoco cuánto oro de Venecia hay en los cuadros de Tiziano). Y no puede ser azar, no. O, si acaso lo es, dejadme esta emoción que me llena al pensar que las primeras palabras enhebradas en sentido, que puedo leer en mi lengua española, sean una oración temblorosa y humilde. El César bien dijo que el español era lengua para hablar con Dios. El primer vagido del español es extraordinario entre sus hermanos. No se dirige a la tierra: con Dios habla, y no con los hombres.

Para nuestro calendario emocional anotemos la fecha, el sitio y el acontecimiento: mediados del siglo x. San Millán de la Cogolla. Primer balbuceo del español.

Si la palabra humana es don por excelencia, flujo y reflujo del pensar y del sentir; si la palabra de Ulises, a decir de Homero, caía en forma de copos de nieve sobre las almas; si la palabra de Josué pesaba como un bloque de piedra para la construcción de Jericó: la palabra divina tiene eficacia, como la del Hijo del Hombre, para dar la salud, expulsar los demonios, resucitar a los muertos y calmar las tempestades; como la de Jehová, que hace estremecer el desierto y sacudir los cedros del Líbano.

El orador evangélico no es más ni menos que el intérprete de la palabra revelada; y en esta dualidad descansa lo esencial de cuantos tratados sobre retórica cristiana se han escrito.

Del primer elemento, los preceptistas derivan las condiciones de santidad, unción y dig-

nidad: del segundo, la múltiple gama de formas expresivas, sujetas siempre a la calidad, voz y entonación de aquel que sea el instrumento.

Cada quien es poseedor y usufructuario de su propio don.

Las dos figuras ejemplares de Munguía y Martínez, que descollaron sucesivamente de mitades del siglo pasado a nuestros días, se unifican en la misma intención de dignidad, unción y santidad; pero se distinguen por su peculiar carisma.

Clemente de Jesús Munguía, rector del seminario y primer arzobispo de Michoacán, después de los veintisiete obispos sucesores de Vasco de Quiroga, perteneció a la ilustre falange de Portugal, Labastida y Abarca, que hicieron de aquella provincia un foco de ilustración comparable al otro, también vallisoletano, de Clavijero, Alegre y Abadiano.

Conocida por todos es la índole belicosa y admirable entereza de Munguía, como suficientemente lo demostraron sus actuaciones en el foro de la patria durante el período Constitutivo.

Como dechado de probidad intelectual y moral, históricas son sus frases:

"No. Porque esto lesionaría los derechos de la Iglesia."

"El derecho de callar ya no existe para mí."

"Sálvense los principios y piérdase lo demás."

Pero, trascendiendo esta imagen circunstancial de su persona, más justo es considerarlo en las lides menos ásperas, aunque no menos arduas, del saber y de la enseñanza. Pues él mismo se sacudía el membrete de líder de partido, señalando la dirección en que se movían sus más íntimos afanes:

> Desdichado de aquel que, ministro del Santuario, dueño de la fe y árbitro de la esperanza, se sintiese avergonzado por no poder seguir el misterioso laberinto de la política. Nunca he apreciado más la feliz ignorancia en que me coloca mi excentricidad de esa esfera.

Su esfera era la intelectual y la meta que perseguía:

> El que seáis sabios y virtuosos, para que hagáis a vuestra patria igualmente magnífica y opulenta, así por la eminente cultura de sus

hijos, como por los elementos fecundos y el incremento continuo de su prosperidad y grandeza.

Su *Memoria instructiva* es el documento inicial que estructura un sistema tradicional capaz de asimilar las ideas progresistas de su tiempo y de dar amplio margen a la iniciativa personal.

Como polígrafo de los más fecundos del siglo XIX, sus catorce volúmenes *in folio* registran ochenta y cinco obras literarias, filosóficas, retóricas y apologéticas.

Cuando las catalogaba, supo reconocer las deficiencias sensualistas y cartesianas de su *Gramática general,* y la eliminó.

En cuanto retórico, metodiza los estudios eclesiásticos ordenándolos a la misión evangelizadora y expone los principios de Cicerón, Quintiliano, Buffon y Gómez Hermosilla; propone los modelos de Bossuet, Masillon y Bourdaloue y analiza las formas de la nueva apologética de Chateaubriand, De Maistre y Donoso Cortés, con amplias anotaciones y observaciones críticas.

A los predicadores desprovistos de prepara-

ción o preocupación literarias, les decía: "¿Dejaremos para los asuntos profanos la pureza de dicción, la soltura de los giros, la melodiosa combinación de los períodos, la riqueza de las pinturas, la exactitud en las descripciones, la gracia del colorido, la magnificencia y hermosura de las imágenes: y consagraremos a las verdades augustas los desechos, por así decirlo, de nuestro propio talento?"

Ahora bien: una mente de visión tan amplia y con tal caudal de conocimientos era natural que escalara los niveles más altos de la elocuencia cristiana, como son los del género apologético, entendido no como defensa y ataque, sino en su acepción más pura de exposición del Dogma, que hace resplandecer el orden y armonía de las verdades de la fe.

En sus excursos filosóficos, en sus disertaciones apologéticas e incluso en sus sermones panegíricos, patentiza un espíritu en estado de alerta ante las corrientes ideológicas que privaban en Europa y que habían revolucionado el pensamiento de Montaigne, Descartes y Pascal: la primacía de la razón llevada a los extremos

del positivismo de Comte; el Ente colectivo sustituyendo a la idea de Dios; la moral laica de doctrinarios y de los librepensadores Renan, Nietzsche, Haeckel y Spencer, materialistas, pirronianos y escépticos.

Le absorbe completamente la idea de que vigilar por la pureza de la fe es la misión por excelencia que debe desempeñar el maestro y el predicador, ya que el cristianismo, quiérase o no, lleva implícito, por su propia naturaleza, el espíritu de lucha, según la expresión del apóstol: "Coged el casco y la espada de la fe."

Raras veces acude a pulsar los registros del sentimiento como técnica de persuasión; porque más que todo le apasiona la eficacia y dinamismo de la verdad que expone, para de ella desprender consecuencias prácticas y máximas de vida.

Amplia y estructurada como su contenido es su elocuencia, en que siempre busca la claridad, la construcción lógica y la brillantez. Si frecuentemente su entonación adolece de énfasis oratorio, nunca es altisonante, ni menos redundante.

Cuando sabe librarse del estilo grandilocuente, la lectura de sus escritos ejerce gran poder de seducción.

Lo que de sus sermones nos queda escrito es relativamente poco; pero en ellos se pueden comprobar la "egregia calidad característica de su autor" y los rasgos de aquella su natural y cautivadora elocuencia. Sobresalientes son: el sermón sobre la Paz; sobre la Pasión del Señor, sobre el Sacerdocio, sobre la Vida contemplativa, sobre Santa Teresa de Jesús.

El meollo de cualquiera de ellos, aunque diferentes en el tema, hace patente su intención apologética, por el encadenamiento lógico de la idea, por la base que la sustenta, y por la lucidez y maestría con que las trata, para lograr lo único que persigue: la captación total de la verdad y su aceptación.

A los seminaristas de Morelia, aspirantes a Cicerones y Crisóstomos, nos deslumbraba el exordio de la oración fúnebre que Munguía pronunciara en las exequias de Portugal:

> He aquí, pues, los siglos, los hombres y los pueblos: la parte positiva de la grandeza y el

significado propio de la gloria; el colorido verdadero de esos fantasmas seductores que, subyugando la imaginación, esclavizan la existencia; el terrible y soberano resumen del mundo y de su historia; símbolos tristes, emblemas de dolor, lágrimas y recuerdos...

También él, guía de juventudes, espejo de integridad cívica y moral, organizador de sistemas y orquestador de palabras, se retiró al fin, y, casi ciego como un viejo aeda, fue a morir en Roma, el año 1868.

Don Luis María Martínez y Rodríguez, michoacano de nacimiento como Munguía, rector del Seminario de Morelia, arzobispo de México y miembro de esta Academia, válgame la expresión no muy académica, mas de acuerdo con la idiosincrasia del personaje, es harina de otro costal.

Se acumularon sobre el pecho de su recia personalidad epítetos elogiosos, muy merecidos, pero muy contradictorios: diplomático y campirano, dignatario y camarada, señor de la tribuna y dicharachero y epigramático en su trato.

Cuando se le veía concentrado en sí mismo, era como si se estuviera cargando de pólvora,

que de pronto estallaría en sentencia inapelable o en graciosa humorada. Cuando se revestía ornamentos e insignias pontificales en cualquier sacristía, daba la impresión de prepararse a realizar una faena.

Prueba inequívoca de la fortaleza del ánimo con que iba a proceder en todas sus actuaciones fue el lema que adoptó para su escudo episcopal:

"Cum infirmor, potens sum." Mientras más débil, seré más fuerte.

Como figura histórica, durante las dos etapas más importantes de su vida le tocó sortear adversidades y pasearse como el profeta Jeremías, pisando escombros. Siendo rector, presenció cómo se desbarataban rancias instituciones, escuelas, bibliotecas y laboratorios y en qué desolación quedaban los templos, antes enriquecidos con los tesoros de nuestro arte. Siendo arzobispo de México, sufrió las amargas consecuencias de la persecución religiosa y de la Cristiada mexicana.

Pero él no se detuvo en estériles lamentaciones, y con juveniles energías y mente poderosa

participó denodadamente en la reconstrucción material y espiritual de su institución; y ya en su madurez, llevado de aquel temperamento singular en que obraban las disímbolas notas de nuestro mestizaje, se convirtió en signo contemporizador y conciliador de situaciones al parecer incompatibles, y logró algo así como una síntesis política y socio-religiosa, cargada de esperanzas para México.

Ese hombre que supo encontrar veredas para sortear inclemencias e intolerancias, perteneció al número de aquellos que han sido forjadores de una patria, porque en medio de circunstancias adversas, siguió el derrotero que le marcaron sus antecesores: consolidar, antes que todo, las bases del espíritu y fincar sobre ellas la cultura de un pueblo.

Si una de sus constantes preocupaciones era crear y fomentar institutos de enseñanza, lo hacía según su propia frase: "Porque educar al hombre es crear y esculpir, sobre el deforme y resistente ser que por naturaleza tiene, la delicada y espiritual figura que lo asemeja a Dios".

No persiguió otra cosa en la publicación

de sus obras: *El Espíritu Santo, Santa María de Guadalupe, A propósito de un viaje, La pureza del ciclo litúrgico, El sacerdote, misterio de amor, Almas próceres, Simientes divinas, Vida espiritual, La consumación en la unidad. El supremo amor, La perfecta alegría, Divina obsesión, El Espíritu Santo, el santificador, La espiritualidad en la cruz, Sacerdocio místico de los fieles.*

Es de advertirse que la publicación de las obras mencionadas se debe al acucioso trabajo del padre Guadalupe Treviño, quien se echó a cuestas la tarea de seleccionar textos tomados de manuscritos y versiones taquigráficas de conferencias, ejercicios espirituales y aun de sermones de Martínez, y los fue conformando según criterios de divulgación ascético mística. Faltaría una recopilación con su texto íntegro e inalterado de discursos y sermones, que andan dispersos en folletos y en manos de particulares. Él solamente publicó *A propósito de un viaje.*

El señor Martínez cultivó los géneros tradicionales de la oratoria sagrada.

La espada de la predicación no se le había embotado, por la sencilla razón de que él conscientemente fungía como delegado de Cristo, el cual había venido a dar testimonio de la verdad.

Lo posesiona la idea de que la fecundidad de la predicación requiere la transformación del predicador en otro Cristo, y que predicar a Cristo es salvar el mundo, porque "los judíos también pidieron signos y los griegos buscaron la sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo, y éste crucificado, que es para los judíos escándalo, y para los griegos, estulticia".

Habla en todos los tonos de aquello en que rebosaba su persona: "Me aguijonea la caridad de Cristo"; y de lo expresado por Tomás de Aquino: "De la plenitud de la contemplación se derrama la palabra de la predicación."

Al escucharlo era evidente que su predicación provenía de una meditación sobre las verdades eternas, en cuyas profundas aguas también lograba sumergir a su auditorio, hacerlo morir a la ficción y esclarecer, de claridad en claridad, la imagen divina que se lleva dentro.

En estos principios se fundaba su predicación; pero con una particularidad: que la fuerza de su elocuencia no la hace depender de la fidelidad a los principios, como quien se sujeta a un reglamento; sino que aquélla brota espontáneamente de los principios que en él se han hecho vida.

Era llamado a todas las provincias para ejercer el oficio de predicador y esto le dio oportunidad de erigirse como paladín y nuevo abanderado del estandarte guadalupano, símbolo de la unidad religiosa de nuestro país.

Su pastoral evangélica y mariana impuso la tónica dominante en todos los oradores de la época, a cual más de notable, y por distintos capítulos, émulos suyos: un Vértiz, un Carrillo y Ancona, cuyo panegírico fue leído en las fiestas de la Coronación: un Altamirano y Bulnes, cuyo estilo no desdice del de Granada: un Sepúlveda, un Camacho, un Ruiz Medrano, un Ruiz Solórzano y un Monseñor Miranda, quien ya entonces vertía a todas las lenguas su fervor mariano.

Si quisiéramos, por último, señalar las carac-

terísticas literarias de su elocuencia, se puede afirmar que, sin abandonar las clásicas estructuras y versado como era en Bossuet y Lacordaire, no sobresale por lo académico de sus formas.

Más bien gustaba de una elocuencia cuyo volumen y peso consistía en desentrañar una sola idea, en agotar una sola imagen y comparación, en desarrollar un solo argumento llevándolo a marchas forzadas, espoleándolo a dar todo de sí, hasta alcanzar la meta.

Su predicación era para multitudes, y su arte literario, no de caballete, sino de grandes murales, como el de los pintores de su tiempo.

Hasta en esto era mexicano.

Epílogo

No he pretendido en esta ocasión presentar el desarrollo pormenorizado de la Elocuencia Sacra en México, como correspondería a la historia de nuestras letras; pero, a quien emprendiere la tarea, fácil le sería descubrir las características propias que dicho género va adquiriendo en cada etapa de los tiempos y conforme a las alternativas que le ofrece la historia.

Así, durante los siglos XVI y XVII, primeramente predomina la forma catequética, en la implantación de la fe y en la trasculturación ya mencionada, con las figuras de Bartolomé de Olmedo, Julián Garcés, Martín de Valencia, Domingo de Betanzos, el jesuita Pedro el Mexicano. Después la predicación, más apologética que doctrinal, se adapta a las exigencias de la Contrarreforma, que preconiza el Concilio Tridentino.

Durante los siglos XVII y XVIII, adopta, junto con las deslumbrantes formas barrocas, un contenido moralizador y una tonalidad más devota que mística, favorecida por el asentamiento y predominio de las órdenes religiosas. Luis de Vallejo, Diego Orospe, dominicos; Pedro Salcedo, jesuita; Juan de Ávila, franciscano, en el XVII; y en el XVIII, Antonio de Mansilla, franciscano; Juan de Goycoechea, jesuita; Juan de Villa y Sánchez, dominico; Miguel Martínez, mercedario; fueron sus corifeos, según Beristáin.

El siglo XIX está señalado por la renovación ideológica y artística y por el predominio prelaticio de la Jerarquía eclesiástica; y bajo el acicate de racionalismos, enciclopedismos y liberalismos románticos e importados, florece una elocuencia dogmática, de intención apologética y de formas académicas tan relevantes como las de Portugal, Abarca, Munguía, Labastida y Montes de Oca y Obregón; el último de los cuales, si es el mayoral de la arcadia pastoril de nuestro humanismo, lo es también de nuestra oratoria cristiana, por la fluidez, vehemencia y

perfección de su discurso, y por el ingente número de sus obras.

Larga y penosa sería la tarea de investigar más a fondo las virtudes y excelencias de nuestra elocuencia sagrada, género que por su abundancia y significación podría correr parejas con otros géneros literarios, como el narrativo, el dramático y el poético, y que podría ser objeto de un análisis histórico y crítico más asiduo; pues lo que hasta ahora tenemos y a ello se refiere es, a todas luces, deficiente o superficial.

¿Cuántos de esos viejos sermonarios de los siglos barrocos XVII y XVIII, como reos sospechosos de dogmatismos eclesiásticos o de moralidades abolidas, pero silenciosos testigos de una tradición, esperan encerrados en bibliotecas oficiales, eclesiásticas o particulares y extranjeras, a que se les rescate del silencio y del olvido? Como tesoros avaramente ocultos, no producen réditos en favor de nadie, ni de escolares, ni de maestros; y seguirán durmiendo el sueño de los justos o padeciendo un exilio que no tiene término.

Así como el movimiento colonialista del presente siglo, con Mariscal, Romero de Terreros, Toussaint y De la Maza, se adentró en la búsqueda de nuestro patrimonio monumental novohispano; así también, por afán de erudición o siquiera por vía de pasatiempo, justo y equitativo sería que nos asomáramos a la lectura de aquellos libros.

No sería remoto que entre sus páginas topáramos con una exposición teológica o filosófica de grandes vuelos, concebida y estructurada como una mole conventual, propicia a la oración y al recogimiento.

Pues, aun cuando muchos de ellos fueran dignos émulos de fray Gerundio o discípulos del Padre Vieyra, no faltaría un exordio ornamentado como una fachada de Lorenzo Rodríguez; un razonamiento ordenado como un retablo de Jerónimo Balbás; tal vez una peroración, una comparación cualquiera, una figura retórica, como quien encuentra en el abandono de nuestras iglesias los restos de una imagen estofada, o una cabecita de ángel.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Álbum familiar (1950), a cargo de Manuel Ponce. Morelia, Mich.

Altamirano y Bulnes, Luis M.: *Panegíricos y sermones.* Introducción y selección de Manuel Ponce. Jus. México, 1954.

Arias Montano, Benito: *Rhetoricorum,* Libro IV. Amberes, 1569.

Brambila, Antonio: *La paradoja de la creencia y la fe.* Jus. México, 1975.

Bravo Ugarte, José: *Munguía, obispo y arzobispo de Michoacán.* Jus. México, 1967.

Carrillo y Ancona, Crescencio: *Panegírico de Nuestra Señora de Guadalupe.* Mérida, 1895.

Cognet, L.: *Devoción y espiritualidad moderna.* Andorra, 1960.

Cohen, Gustave: *Lettres Chretiennes au Moyen Âge.* Andorra, 1958.

Curtius, Ernest Robert: *Literatura europea y Edad Media latina.* Fondo de Cultura Económica, México, 1955.

Expresión eclesial, realidad de las pequeñas comunidades cristianas en México. (Equipo sacerdotal.) Palmerín. México, 1971.

García Icazbalceta, Joaquín: *Bibliografía mexicana*

del siglo XVI. Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

Leclercq, J.: *El sacerdote ante Dios y ante los hombres*. Salamanca, 1966.

Palomera, J.: *Fr. Diego Valadés: Vida y obra*. Jus. México, 1962.

Peñaloza, José Antonio: *La imperfecta homilía*. Jus. México, 1976.

Pimentel, Francisco: *Obras Completas*. México, 1904.

Ponce, Manuel: *Don Vasco de Quiroga y Arzobispado de Morelia*. (Recopilación.) Jus, México, 1965.

Ramírez Torres, Rafael: *Demóstenes*. Jus. México, 1961.

Ramírez Torres, Rafael: *San Juan Crisóstomo*. Jus. México, 1963.

Rangel Camacho, Rafael: *Ipandro Acaico y el Cardenal Miranda*. Brandi Editor. Cuernavaca, Mor., 1972.

Rhaner, Karl: *Siervos de Cristo*. Herder, 1970.

Sosa, Francisco: *El Episcopado Mexicano*. Jus. México, 1962.

Tena Ramírez, Felipe: *Vasco de Quiroga y sus pueblos de Santa Fe en los siglos XVIII y XIX*. Porrúa. México, 1954.

Thérive, André: *Cristianismo y literatura moderna*. Andorra, 1959.

Tinajero, Marciano: *La Diócesis de Querétaro en el Tepeyac en el año jubilar guadalupano*. Querétaro, 1945.

Tota Pulchra. (Álbum del Congreso Mariano de la Arquidiócesis de Morelia.) A cargo de Manuel Ponce. Morelia, 1954.

Torre Villar, Ernesto de la, M. González N. y Stanley R.: *Historia documental de México.* Universidad Nacional Autónoma de México, 1974.

Trento (revista del Seminario de Morelia), 1943-1948. Morelia, Mich.

Treviño, J. Guadalupe: *Monseñor Martínez.* La Cruz. México, 1956.

Wildiers: *La Iglesia en el mundo del mañana.* Salamanca, 1969.

Yhmof Cabrera, Jesús: *Catálogo de obras manuscritas en latín de la Biblioteca Nacional de México.* Instituto de Investigaciones Bibliográficas, México, 1975.